

# Desaparición - con entierro de tercera - de un titulado "Delegado del Gobierno Vasco"

Reconocimiento  
de un  
29  
Nueva York

NUEVA YORK - (Crónica de nuestro corresponsal MANUEL CASARES)

Todo parece preparado para adjudicarle un entierro de tercera, lo más callado posible.

El acto tendrá por «cadáver» la polvareada levantada por la desaparición trágica de Jesús de Galíndez, un titulado representante del gobierno vasco en el exilio.

El maestro de ceremonias en la función de olvidar con la mejor gracia alcanzable es «The New York Times».

Jesús de Galíndez, un vasco nacido en Madrid sin mucha más ascendencia bilbaína que su boina, desapareció misteriosamente en Nueva York una noche del pasado marzo.

Para el mundo izquierdista del socialista Norman Thomas y el intelectualista «New York Times», el hecho fué un cataclismo. Quizá para el «desgraciado» Galíndez no pasase de repetición. Su oportunismo en desaparecer lo ejerció con éxito en la primavera de 1937. En el momento en que la efímera república de Euzkadi necesitaba más brazos, Galíndez le negó en Bilbao los suyos. Hubo quien lo calificó de desertión. Pero como los secuaces principales de Aguirre hicieron lo mismo, dejando al pueblo honrado que aguantara la embestida de las brigadas navarras, no hubo mucho caso de reproche recíproco.

Galíndez reapareció dos años después en Santo Domingo encaramado a miembro civil de la familia del Presidente Rafael Leonidas Trujillo. De 1939 a 1946 fué tutor y maestro de las hijas menores del presidente dominicano.

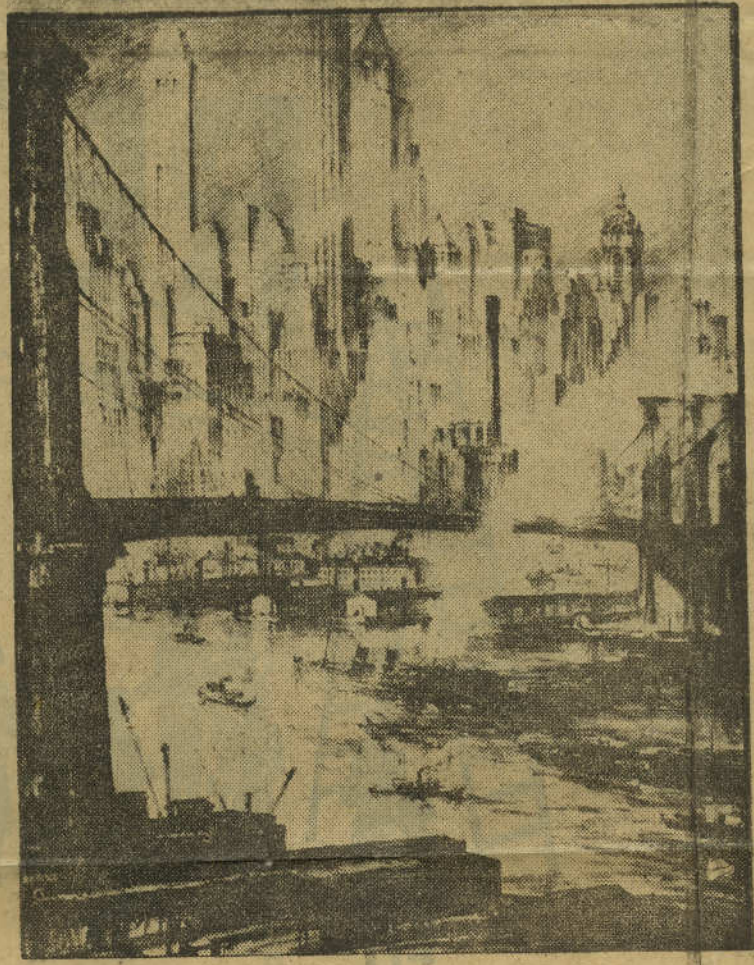
Durante siete años su vida en el palacio presidencial de la república antillana no fué un calvario exactamente. Toda la familia Trujillo le acogió en tales términos que por un tiempo se temió la posibilidad de que desbancara a Porfirio Rubirosa.

Las sospechas eran infundadas. Entre chicas guapas Galíndez asumía con gusto el papel de «eunuco» a cambio de ser vedette entre jovencuelos.

El Generalísimo Trujillo tuvo la debilidad de hacerle su confidente.

En 1946 con la peculiaridad con que el perro muerde la mano del amo, Galíndez desapareció de nuevo. Pero esta vez su reaparición fué más rápida.

Casi simultáneamente apareció entronizado en Nueva York con el pomposo cargo de representante de un gobierno no reconocido de



Nueva York: El famoso puerto de Brooklyn

un país inexistente. Su misión fundamental fué la de pasar el sombrero recaudando fondos para fines no justificables.

Nadie puede imaginarse el éxito que a veces logran ciertos tipos, con ciertos atavismos, entregados a ciertas actividades. El de Galíndez no encontró barreras.

Las Naciones Unidas le reconocieron como observador. La Liga de Derechos del Hombre le hizo una vestal. La Universidad de Colombia, en un acto de piratería académica, le convirtió en su conferenciante más eximio. Su sombrero se llenó en siete años al tenor de 1.025.004 dólares en contribuciones para los pobrecitos vascos, cantidad tabulada al céntimo por el Departamento de Justicia en su sección de «agentes al servicio de un principal extranjero», de la cual sólo aparecen 52.108 dólares justificados como gastos.

A cambio de todo esto Galíndez sólo pudo dar los secretos reales o supuestos que pudo lograr mientras compartió mesa y mental del Palacio presidencial de Ciudad Trujillo. Dos de sus ensayos contra la familia del presidente dominicano lograron el honor de letra impresa pero no el de ser leídos. Las ediciones casi completas están

aún pudriéndose sin más valor que el de papel viejo.

Al fin la Universidad de Colombia se avino a darle el gran empujón. Decidió convertir a Galíndez en doctor y admitirlo en su claustro a trueque de una tesis (sic), todavía inédita, titulada «La Era de Trujillo».

Las circunstancias han hecho que el gran acto académico continúe también inédito.

Galíndez desapareció misteriosamente en marzo. Los últimos que le vieron fueron varios estudiantes. Le dejaron a la puerta del Metro en Columbus Circle, camino de su casa, en el barrio bohemio de Manhattan, mezcla de pintores futuristas, poetas incomprendidos, parejas morganáticas, plantas de marijuana, alcohol y las delicias de una utopía socialista.

El estruendo creado por la desaparición en ciertos círculos sólo tiene antecedente histórico en el derribo del templo por Goliath. «The New York Times» le dedicó hasta cinco editoriales. En tres conferencias de prensa sucesivas le fueron plantadas preguntas al Presidente Eisenhower. Todas las sociedades de derechos humanos creadas y por crear excitaron el celo de las (VUELVE A LA PAGINA CUARTA)

# Desaparición . . .

(VIENE DE PAGINA DECIMA)

autoridades para «borrar la vergüenza» de la desaparición de un hombre sin rastro en una ciudad civilizada.

Sin mucho pudor ni exámen previo de conciencia hubo quien atribuyó a la mano invisible de Trujillo un acto de venganza tardía.

Un revolucionario dominicano, en busca de nombre y escándalo compareció espontáneamente a declarar ante las autoridades que, a su juicio, muy bien podían haber arrojado a Galindez a la caldera de un barco amarrado en un muelle de Brooklyn.

Durante dos meses hubo la movillización de policía más fantástica que ha podido imaginar un Sherlock Holmes. Pero como al cabo del tiempo no ha aparecido:

1.º El menor rastro que haga verosímil la sospecha de que Galindez fué víctima de juego sucio.

2.º No ha aparecido el escurridizo Galindez, y 3.º Tampoco los contables han dado con la pista de medio millón de dólares del millón y pico que Galindez logró pasando el sombrero...

...Un manto tupido de silencio ha envuelto por completo el asunto.

¿Dónde está Galindez? ¿Dónde está el medio millón?

Hay quien sospecha que los dos pueden estar juntos, y no precisamente con una piedra al cuello en el fondo del Hudson.

Este corresponsal no dispone de representantes en Moscú o en el Infierno, los dos sitios con más probabilidades de poder aclarar el misterio.

MANUEL CASARES.